

Tristeando con Simone Los contrapuntos

Dulce María López Vega

Con gesto de melancolía, Simone de Beauvoir trabajó un ensayo de 600 páginas publicado por Gallimard en 1970 al que llamó *La vieillesse* (*La vejez*). Esta *summa theologica* (como le llamara Elena Poniatowska) lo que busca es decirlo todo sobre lo que le parecía ser un estadio de enfermedad, discriminación y pobreza, al que se agregaría no ser sino antesala del horror que representa la muerte. ¿En cuántas cosas tiene razón? Lo que seguirá aquí es una serie de resistencias a su tristeza.

De entrada pensamos que sí: la muerte es un horror, como lo son la enfermedad, la discriminación, la pobreza. Pero ¿qué relación tienen estas con la vejez?

La biología como problema

Son por supuesto legión los que a través de lo que los occidentales llaman "historia" (como recordarán, su tradición supone que Mesoamérica sólo es ámbito de la antropología) han luchado para tratar de suspender el "declive", la "fatalidad", la "alteración" que les ha significado el cuerpo que envejece: pócimas y conjuros desde tiempos en que eran usufructo de sacerdotes hasta la actualidad cuando lo son de sacros médicos. Beauvoir narra cómo varios sabios de esas culturas no dudaron en tomarse a sí mismos como conejillos de indias en un esfuerzo por lograr una juventud perenne: a finales del siglo XIX se inyectaron extractos de testículos de perro (Brown-Séquard), inventaron injertos de glándulas de changos (Voronoff)... y fracasaron hasta medio aceptar, ya entrado el siglo XX, que la "vejez es un proceso inherente a la vida". Hoy algunos insistentes nos ofrecen cremas, dietas, tintes, cirugías,

dosís diarias de melatonina y las ozonoterapias que tanto hubieran gustado a Fillia y Marinetti: estrepitosos fracasos, pues cuando se atienden exigencias de una productividad indisociable de la conquista, la vejez no puede ser más que un inevitable estado patológico.

Ya para terminar este capítulo, un párrafo concentra el aporte fundamental del libro:

[el] papel de los factores económicos nos indica los límites de la gerontología, en tanto que ésta define biológicamente la senectud individual [...]. La involución senil de un hombre se produce siempre en el seno de una sociedad; y depende estrechamente de la naturaleza de ésta y del lugar que en ella ocupa el individuo en cuestión. El factor económico por sí mismo no podría aislarse de las superestructuras sociales, políticas, ideológicas que lo incluyen [...] (la traducción de todos los fragmentos del texto de Beauvoir es mía).

Desde esa calamidad que ha significado para nosotros el mal uso que se ha hecho de la etnología

Todavía en los años sesenta-setenta en que fue escrito y publicado este texto, la usanza entre los intelectuales europeos y norteamericanos era iniciar todo argumento con un merodeo llamado etnográfico por culturas clasificadas primitivas.¹ Mediante referencias a un amasijo de culturas (yakutas siberianos, ainus japoneses, fangs de Gabón, sirionos bolivianos, bantus sudafricanos, yahgan de la Tierra del Fuego, en este caso), los "progres" solían concluir que, finalmente, algo había de universal en el género humano,² e incluían, como de pasada, algunos comentarios racistas inocentes. Así Simone, en el capítulo segundo.³ No imagino cuántas horas destinó a revisar y dar crédito a documentos que se pensaba "científicos" de señores

¹ Primitivas en referencia al canon hegeliano, que es el que, detalles más detalles menos, sigue primando en Occidente, y según el cual habría un escalafón en cuya cima se encuentra el Espíritu encarnado en Europa.

² Lo Universal, como se sabe, es siempre occidental.

³ "[...] más complicadas que las sociedades animales, la comunidad humana primitiva tiene todavía mayor necesidad de un saber que sólo la tradición oral puede transmitir", por ejemplo, p. 50.

que habían ido algunos días a *observar* tomando nota de *usos y costumbres* en sociedades *definitivamente anhistóricas*,⁴ sin contemplar, por supuesto, la posición que unos y otros ocupaban en el hecho colonial con sus saberes de por medio.⁵

Como puede verse en esta sección del libro, lxs* intelectuales occidentales —poderosxs para conferirse autoridad en la constitución de lo Universal—, si bien recurrieron por mucho tiempo a la etnografía, lo hicieron como recurso retórico muy intencionado, pues partían de ideas preconcebidas.⁶

A la autora una constatación se le impone: "la vejez natural no existe" ni en las "sociedades de repetición" ni en las "sociedades modernas". Y termina el capítulo con esta reflexión:

Las soluciones prácticas adoptadas por los primitivos respecto de los problemas que les plantean los ancianos son muy diversas: los matan, los dejan morir, les conceden lo mínimo vital, les aseguran un fin cómodo, o incluso los honran y los colman de atenciones. Veremos que los pueblos llamados civilizados les aplican los mismos tratamientos; sólo el asesinato está prohibido, por no decir disfrazado.

Y en la sociedades históricas

El recorrido estatuido de lo que se conoce como sociedades históricas (las de las escrituras occidentales y las de las escrituras que lograron eximirse de las destrucciones coloniales, si

⁴ Como la Universalidad no concibe ningún otro tipo de historia ni de ontología que la propia, lo anhistórico se nos quita aculturizándonos. El supuesto de anhistoricidad, por otra parte, ha sido ampliamente rebatido desde América y África.

⁵ El zoológico humano pervivió más tiempo en el ámbito académico, que lo que duraron las ferias coloniales a las que acudían millones de personas en las metrópolis a ver cómo se desenvolvían "nativos", "aborígenes", "indígenas" en sus exóticos ambientes.

⁶ Ciertamente que las consecuencias de este percance no son sólo culpa de esas literaturas: nosotros, pobres colonizados, ofuscados, impresionados por esos relatos, adoptamos sobre nosotros mismos todas sus categorías.

* Salvo en los casos en que sea importante hacer evidente la atribución de roles, tacharemos en este texto el género siguiendo a Curtis Hinkle (www.intersexualite.org) entre otrxs activistas intersexuales, para quienes existen más de dos sexos y el binarismo constituye un sexismo equiparable al racismo.

bien estas últimas sólo figuran de manera somera, casi mítica) reúne diversas opiniones sobre la vejez recopiladas en la literatura y en la filosofía.

Retenemos el clásico contraste Platón/Aristóteles, porque también en este caso sus puntos de vista producirán variaciones a lo largo del tiempo en Occidente: el autor de *La República*, al privilegiar el alma, puede pensar la vejez como el estadio del conocimiento y la moral más elevado, y plantear que los viejos deberían ser los gobernantes. La preeminencia de la templanza, valor tan caro entre los griegos de su época, implica para él una renuncia a la sexualidad. Simone mostrará más adelante cómo en este tema se siguen padeciendo muchas presiones sociales.

Los valores del maestro de Alejandro Magno son muy otros: él enaltece la juventud, el vigor, la fuerza, por lo que no ve en los viejos gente a la que se pudiera confiar la polis. Por mejor convenir a sus intereses, es esta una de las fuentes de la tradición que ha enarbolado el *mainstream* de las culturas occidentales.

Abundan las diatribas contra lxs viejxs, más aún si son mujeres, feas entre las feas, ellas, encargadas de ejecutar en público y en privado lo que su sociedad entienda por belleza. Lozanía ha sido una de las exigencias, por lo que a partir de cierta edad todavía nos quieren hacer creer que caemos en la categoría de viejas-brujas. Beauvoir transcribe varios poemas que escritores hombres han cantado: "Ese seno sobre el vientre le pende", "O, vieja inmunda / Vieja deshonra de este mundo", y etcétera, etcétera. ¡Ah, los poetas!

Unas páginas adelante, aunque todavía afectada por ese pasado, Simone piensa:

Todas las civilizaciones conocidas se caracterizan por la oposición de una clase explotadora y de clases explotadas. La palabra vejez incluye dos especies de realidades profundamente diferentes según se considere una u otra. Lo que falsea las perspectivas es que las reflexiones, las obras, los testimonios relacionados con la tercera edad siempre han reflejado la condición de los eupátridas: sólo ellos hablan y, hasta el siglo XIX, no hablan más que de ellos. [...] La sociedad nunca ha explotado [a los viejos] directamente, en la medida en que no tenían fuerza de trabajo que vender, pero eso no los ha hecho menos víctimas de la explotación. En su juventud y madurez las clases dominantes no les concedían más que lo mínimo

necesario para reproducir su vida: una vez desgastados en la faena, los abandonaban, con las manos vacías. [...] Más que el conflicto entre generaciones, es la lucha de clases lo que dio a la noción de vejez su ambivalencia.

La vejez en la sociedad actual

El capítulo que lleva este título comienza dando cuenta del escándalo que significa la situación de lxs ancianxs y de la incapacidad de sociedades como las de la autora para reaccionar ante él: "todo miembro de la colectividad debería saber que su futuro está en juego; y casi todos tienen relaciones personales y estrechas con ciertos viejos. ¿Cómo explicar su actitud? La clase dominante es la que impone a las personas de edad su estatus, pero la población activa en su conjunto se hace cómplice". Con estadísticas de países industrializados muestra un panorama desolador: discapacidad, soledad, pobreza, discriminación, desocupación. "La vejez es, con mucho, la edad en la que los suicidios son más abundantes." Nadie quiere hacerse cargo de la situación, hasta para los sindicalistas lxs viejxs son un obstáculo: luchar por su re inserción laboral en una sociedad basada en el beneficio, objetan, sería crear una reserva de mano de obra barata, suerte de subproletariado que sobreexplotarían los patrones y que volvería menos eficaces las luchas obreras. Sonaría cierto, sin embargo ¿no es ese acaso exactamente el papel que se hace jugar a lxs jóvenes en el mercado laboral?

Las sociedades occidentales han creído atender el problema con la creación de asilos, pero en realidad estos sólo han implicado nuevas formas de crueldad: la separación de la familia, de la comunidad, de lxs cónyuges, la condena a una "espera de la muerte" que a veces se prolonga varias décadas... Sólo se salva el modelo sueco que desde entonces promovía el apoyo estatal para que toda persona pueda mantener hasta el fin de sus días autonomía y dignidad.⁷

⁷ El Estado sueco asegura en la actualidad, entre otras cosas, la asistencia personal a domicilio a las personas de la tercera edad y a las que tienen discapacidad.

Pero ni en el resto de las sociedades metropolitanas ni en las de los países subdesarrollados, como Simone nos llama (mediante la aculturación de "primitivos" pasamos a "subdesarrollados" en los sistemas coloniales), los Estados garantizan formas de vida ya no digamos de calidad, sino al menos no denigrantes para lxs ciudadanxs en las edades avanzadas. Viejx es, para la gran mayoría, sinónimo de pobre. Por la propia lógica del sistema, las cosas tampoco dan señales de cambio. Para colmo, la dispersión y la falta de solidaridad entre lxs viejxs desemboca en una falta de representatividad social, y aunque Beauvoir ya sólo analiza que eso se debe a que dejaron de jugar un papel activo en la vida económica del país, serán datos que nosotrxs retendremos como algo a revertir: la participación política también en la tercera edad es crucial para el mejoramiento de las vidas de todxs.

Ser-en-el-mundo. Descubrimiento y asunción de la vejez, experiencia vivida del cuerpo

Dice Beauvoir que quienes creen que sentirse joven es ser joven se equivocan, pues en algún momento lxs demás nos harán caer en la cuenta de que estamos viejxs, y que eso, en la realidad de nuestras sociedades, equivale a colocarnos en una categoría devaluada. La diferencia entre los géneros es notable.

Ni en la literatura ni en la vida he hallado una sola mujer que considere su vejez con complacencia. Después de todo no se dice nunca "anciana hermosa"; en el mejor de los casos se dirá "una encantadora vieja", mientras que se admira a algunos "bellos ancianos"; el macho no es una presa, no se le exige lozanía, dulzura, ni gracia, sino la fuerza e inteligencia del sujeto que conquista; los cabellos blancos, las arrugas no contradicen ese estado viril.

Como siempre, la descalificación que vivimos viene de adoptar el punto de vista del otro como propio.

En la vejez se puede adoptar también una estrategia sadomasoquista de protesta, pero que se lleva a su ejecutorx entre las patas:

Muchos viejos son, con toda razón, rencorosos, reivindicadores, desesperados. Se vengan del prójimo exagerando su impotencia; se ha visto que estos casos son frecuentes en los asilos: como se les abandonó se abandonan y rechazan realizar el menor esfuerzo; como

no se combate esta tendencia —no se ocupan de ellos— muchos acaban como perennes enfermos encamados.

Es así como podemos terminar siendo víctimas de nuestras propias "sombrias disposiciones hacia la humanidad".

Un simple asterisco, como de incógnito, sirve para señalar que se pasa a un tema al que, sin embargo, Beauvoir dio mucha importancia (dos terceras partes del capítulo): la sexualidad.

Con la ayuda de Freud Simone argumenta contra la reducción de la sexualidad a la genitalidad, pero enseña también cuenta de todos los prejuicios que impiden que a partir de cierta edad las personas se autoricen externar esta "intencionalidad vivida por el cuerpo, cuyo objetivo es otros cuerpos y que abraza el movimiento general de la existencia". Amén de que el propio cuerpo puede ser también suficiente, se deduce que fantasías (y panoplias) siempre se podrán tener a profusión.

Para demostrarlo, Beauvoir recopila experiencias de escritores y artistas. Víctor Hugo es el más conmovedor, con esos carnets en los que registra con fecha y en clave, entre los 63 y 68 años, su erotismo, "senil" según la autora (ay), consistente, la mayoría de las veces, en actividades voyeristas. Hoy que nuestros tiempos son de pospornografía, transcribo con nostalgia algunos de los vislumbres a los que se libró en el verano de 1870:

"31 de julio. Pata,⁸ pelas.⁹ Suizas.¹⁰

(...)

13 de septiembre. Visto a Enjolras. n.¹¹

(...)

5 de octubre. Mme. Olympe Audouard. Punta de los senos. Osc.^{12"}

A otras atrevidas les ve la rodilla (*genoua*, en su clave), a veces pagando un par de francos. Pero no se crea que sólo en

⁸ Pierna.

⁹ Pelos.

¹⁰ Senos.

¹¹ Enjolras es la revolucionaria anarcofeminista Louise Michel; n signífica desnuda. Michel tenía entonces cuarenta años, él 68.

¹² Beso.

eso consistía su sexualidad, en 1871 se consiguió una amante de 18 años. Cómo no deslumbrarse con él cuando escribe: "10 de septiembre. Misma. Pecho. Toda"; el 11, "Misma; se ha dicho toma y tomo"; el 12, "Ahora todos los días *et* a toda hora, misma Maria".

(A propósito de las diferencias de edad y para lxs que creen en el amor, traeré una digresión edificante: cuando Simone escribió *La vejez*, todavía faltaba un buen tiempo para que Marguerite Duras —¡una mujer!— nos entregara los libros en que narra la relación amorosa que sostuvo con el que llamaría Yann Andrea y que inició cuando ella tenía ochenta años y el 38. Fueron inseparables hasta la muerte de Duras, 16 años. Yann le planchaba las faldas, escribía a máquina lo que ella a toda hora le dictaba, la bañaba, cogía con ella... y salía cuando podía a cazar hombres en los bares. Su historia no sería miel sobre hojuelas, pero la verdad, ¿podrá serlo algún amor de largo aliento? El contexto moral en que Duras vivió su historia —el que sigue juzgando inaceptable una relación como esta— no parece haber cambiado mucho hoy en día, ni siquiera entre lxs jóvenes.)

Con la ayuda de Kinsey y Masters y Johnson, Beauvoir afirma que la sexualidad de las mujeres sufre menos percances biológicos que la de los hombres: deseo y capacidad de alcanzar orgasmos continúan intactos; a pesar de eso las encuestas muestran que la actividad sexual de ellas es menor que la de los varones por los prejuicios vigentes; se salvan las lesbianas, porque sus valores son distintos a los de lxs heterosexuales. La castidad entonces "no la impone un destino fisiológico, sino [el] estatus de [la mujer como] ser relativo". "La mujer [heterosexual, se entiende] padece hasta el final su condición de objeto sexual." A partir de cierta edad, la moralidad que se nos impone incluye hasta la vestimenta.

Finalmente hay un apartado dedicado a los celos alimentados por todas las inseguridades derivadas de la situación que se les impone a lxs viejxs.

Como se ve, los sinsabores se acumulan también en el rubro sexual, por lo que encontramos a Gide rezando casi al final del capítulo: "pueda yo seguir siendo carnal y deseante

hasta la muerte", pues como dice Simone, "quienes conservan tal riqueza hasta una edad avanzada son privilegiados".

Tiempo, actividad, historia

El capítulo comienza con reflexiones sobre la memoria y el tiempo, temas sobre los que se ha desarrollado toda una serie de poéticas útiles cuando sirven de exhorto para la acción, pero que finalmente hoy se antoja revisar a la luz de los hallazgos de las neurociencias.

Más adelante, sin poder ocultar la depresión, Simone hace una revisión de lo que distintos personajes reportan sobre la conservación de sus capacidades en la vejez. Los clasifica por ocupaciones, y así vemos pasar por las páginas agricultores, filósofos, matemáticos, científicos, escritores, músicos, pintores y políticos. Aunque con sus datos el balance no puede ser concluyente (algunos de sus convocadxs tuvieron, incluso, una vejez creativa, arriesgada, excelente),¹³ para ella es negativo.

Vejez y vida cotidiana

La ambición, el refugio en las costumbres, el egocentrismo que acusan varixs viejxs serían defensas contra la ansiedad que produce la idea de vivirse vulnerables. Pero ¿cómo no sentirse amenazados si parece consensuada socialmente la creencia de la autora de que unx viejx es unx sobreviviente, unx condenadx? El contexto social, como ella dice, influye en la relación del ancianx con la muerte; precisamente a lo largo del libro nos ha mostrado cómo todo en esta cultura está puesto para que la vejez sea vivida como el lugar de la fatalidad, de la condena a muerte. La "fatalidad externa que pesa sobre lo vivo a cualquier edad" se vuelve omnipresente casi por prescripción en la vejez, hasta llegar a ser paralizante.

¹³ Algunos creadores hicieron lo mejor de su obra en edades avanzadas; es el caso de Monteverdi, quien se permitió "acordes que la época calificaba 'diabólicos' y Beethoven [que] no retrocedió ante las 'disonancias' que escandalizaban al público promedio".

Algunxs pocxs, a pesar de todo, ven en esa edad una liberación: ciertas mujeres, por ejemplo, que al alcanzar estatus de viudas o divorciadas, ya sin hijos en la casa, pueden al fin ocuparse de sí mismas, darse gusto, tener proyectos.

"La mayor fortuna que pueda tener un viejo, más incluso que una buena salud, es que tenga fines que pueblen el mundo. Activo, útil, es como escapa al aburrimiento y a la decadencia."

* * * * *

Beauvoir mantiene a lo largo del libro una postura ambivalente: se dice escéptica ante la sabiduría de lxs viejxs, no duda en evocar decrepitud, "más que la muerte, es la vejez lo que hay que oponer a la vida, de la que es su parodia", dice. Con gran decepción la vemos utilizar por aquí y por allá ese tipo de frases devastadoras y equívocas, y restar con ello fuerza a su análisis de los problemas sociales que aquejan a lxs viejxs. Es este último abordaje lo que hace de su ensayo, sin embargo, una herramienta muy útil sobre el tema. La hubiéramos querido ver llevar su análisis más lejos.

Deprimida quizá estaba antes de empezar a investigar; su pesimismo, no obstante, es el de toda una cultura, cuyas concepciones de la vida y de la muerte, cuyos valores determinan elecciones que constituyen una agresión para la mayoría. Es esa cultura en la que nosotrxs también estamos paradx, desde el particular lugar que ocupamos en el sistema colonial •

Beauvoir, Simone de, *La vieillesse*, Gallimard, París, 1970.